

Prólogo
(Cervantes y el Mediterráneo / Cervantes and the Mediterranean)

Steven Hutchinson
 (University of Wisconsin, Madison)
 Antonio Cortijo Ocaña
 (University of California)

Cervantes y el Mediterráneo: la conjunción señala la coincidencia entre dos nombres de enorme complejidad, cada uno de los cuales supone mucho más que ese espacio que tienen en común. Si los estudios sobre Cervantes han puesto de relieve el afán del escritor áureo por destacar y desasirse del ambiente opresivo peninsular, en determinados casos marcado por la intransigencia o el constreñimiento, a menudo proponiendo espacios de inclusión y tolerancia, los estudios sobre el Mediterráneo, desde Braudel a Abulafia, han caracterizado a este variopinto espacio geográfico por su carácter de crisol cultural, añadiéndole las notas de la variedad y la multiplicidad abarcadoras en sus gentes y formas de vivir y pensar. La ecuación, pues, Cervantes y Mediterráneo es, desde su inicio, acertada desde muchos puntos de vista. Desde que salió de España como probable fugitivo de la justicia a los 22 años hasta que volvió como cautivo rescatado a los 33, el ayuda de cámara, viajero, soldado y cautivo Cervantes –todavía no Saavedra– no fue ni siquiera un personaje menor sino uno más entre millones en ese inmenso escenario que era el Mediterráneo, que estaba en pleno apogeo histórico. Pero, muy probablemente, ningún otro escritor o tratadista de la época haya comprendido el Mediterráneo de su tiempo –o lo haya sabido representar en novela y teatro– como Cervantes.

Dentro de la obra cervantina, el *corpus* de textos que nos proporcionan distintas aperturas al mundo mediterráneo estaría constituido por:

- la historia mediterránea (nada pastoril) de Timbrio, Silerio, Nísida y Blanca que aparece intermitentemente desde el libro II hasta el V de *La Galatea* (1585);
- El trato de Argel*, obra teatral temprana nunca publicada por Cervantes pero que sobrevivió para sumarse a su obra;
- quizás también *El cerco de Numancia*, obra teatral tampoco publicada por su autor, ubicada en tiempos romanos;
- numerosos pasajes y relatos del *Quijote*, entre ellos la “Historia del cautivo” –y de Zoraida y Agi Morato–, la *Novela del curioso impertinente*, la historia de Ricote y su hija Ana Félix, y todo lo que pasa desde el encuentro con el bandolero Roque Guinart hasta después de la derrota de don Quijote en la playa de Barcelona (1605, 1615);
- algunas de las *Novelas ejemplares* como *El amante liberal* y *La señora Cornelia* y partes de otras como *La española inglesa*, *El licenciado Vidriera*, *Las dos doncellas*, etc. (1613);
- el *Viaje del Parnaso*, poema protagonizado por el propio “Cervantes” y saturado del Mediterráneo antiguo y moderno (1614);
- entre sus comedias y entremeses, claramente *La gran sultana*, *El gallardo español* y *Los baños de Argel*, y quizá también *El retablo de las maravillas* (más por su tema que por su geografía) (1615);

—todo lo que pasa en el *Persiles* desde que los peregrinos se encuentran con los falsos cautivos y a continuación con los moriscos en la costa valenciana hasta el final de la novela en Roma —pero también antes en la región septentrional con personajes de origen mediterráneo, entre ellos la morisca Cenotia (1617).

Si pensamos en un “Mediterráneo mayor”, tal como lo esbozan Fernand Braudel y Abulafia, más fácil nos sería hablar de lo poco de la obra cervantina que *no* se sitúa dentro de aquellos confines o que *no* tiene personajes mediterráneos filtrados en esos espacios (Londres, Perú, México, regiones septentrionales...), porque España, a la vez que mira hacia América y el norte de Europa, es tierra plenamente mediterránea, incluso en su interior. A expensas de los estudios de historia que señalan el avance y proyección atlánticos y asiáticos de España y Portugal en esta época, suele a menudo olvidarse que los Austrias siguen mirando al Mediterráneo como telón de fondo en que se entreen las múltiples complejidades de las luchas de poder del momento, siendo en ello simplemente herederos de una proyección hacia este mar iniciada con la Corona de Aragón. En este sentido, y dejando ahora de lado la enorme proyección mediterránea que el mundo peninsular había alcanzado ya en la Edad Media desde la Corona de Aragón, las regiones y ciudades pensinsulares se distinguían tal vez sólo por ser *más* o *menos* mediterráneas unas que otras (si pudiéramos de hecho establecer criterios para identificar esto), sin que se cuestionara, por supuesto, que Andalucía, Levante y Cataluña pertenecían literalmente (y por su litoral) al Mediterráneo.

Por otro lado, la España que vemos representada en tantas obras cervantinas posee el doble carácter de ser vista desde dentro pero también desde fuera, desde la otra orilla —concretamente, desde el cautiverio en Argel— como se ha venido afirmando desde hace tiempo. Es, entonces, una España reconcebida en relación con otras partes del Mediterráneo, y en función de las relaciones étnicas, religiosas, culturales, sociales y económicas peculiares a dicho espacio marítimo. *El retablo de las maravillas*, ubicado en una aldea extremeña, reverbera con pasajes cervantinos situados en la Roma del *Persiles*, el Argel de *Los baños*, el Chipre de *El amante liberal* y el Istanbul/Estambul de *La gran sultana* —en este último caso por varios motivos, entre ellos el ideal de la *mezcla* de sangre. Del mismo modo todo lo que tiene que ver con moros y moriscos españoles se enlaza con lo islámico en el Magreb y en el este del Mediterráneo, y a menudo de forma muy concreta: toda una aldea de moriscos del *Persiles* se exilia a Argel mediante la ayuda de corsarios berberiscos, la familia de Ricote se encuentra desterrada en Argel, la mora Zoraida viene de Argel a España, dejando a su desconsolado padre musulmán en la costa africana al lado del cabo de la Cava Rumía, o de la *mala mujer cristiana*, como explica el ex-cautivo Ruy Pérez de Viedma.

En la obra cervantina, semejante contacto y movimiento se produce también entre las cuencas occidental y oriental del Mediterráneo, poniendo en tela de juicio la distinción tan frecuente hoy en día entre estas dos “esferas”. *El amante liberal* nos ofrece una geografía marítima de Sicilia, el Magreb y Chipre —con Istanbul en la distancia—, y personajes que trafican y son traficados entre un lado y otro. *La gran sultana* también muestra mucho movimiento entre las dos cuencas del Mediterráneo, movimiento encarnado en numerosos personajes como doña Catalina de Oviedo, el gracioso cautivo Madrigal y el espía Andrea, por ejemplo, y en el deseo del sultán de unir lo otomano y lo español en matrimonio y descendencia. El propio soldado

Cervantes inverna en Nápoles y Sicilia y durante los otros meses participó en campañas navales en el este o el centro (Lepanto, Navarino y Modón, Corfú, Túnez...), y el personaje Ruy Pérez hace itinerarios parecidos pero –a partir de Lepanto– a la inversa, como cautivo remero, antes de acabar como el propio Cervantes como cautivo de rescate en Argel. En este contexto, el microcosmos de Argel lo une todo como en una especie de gran *omphalon mediterraneum*, como dice el autor de la *Topografía*: además de cuatro categorías de *moros* (de la costa, del interior africano, árabes nómadas y *moros* de España), hay tres categorías de judíos (de España, de Mallorca/Francia/Italia, y los naturales de África), *turcos de nación*, jenízaros, y numerosísimos *renegados* oriundos sobre todo de tierras e islas cristianas desde Grecia hasta Portugal.

Con ello podemos llegar a postular una visión unitaria de este mar, opuesta en cierto modo a la distinción de una geografía cristiano-islámica que divide este espacio geográfico en tres unidades –España, el Magreb, el mar *turco*. Se trataría, pues, más bien de un Mediterráneo que funcionaba más como un sistema íntegro durante los años en que le tocó a Cervantes vivir ese mundo en toda su intensidad. Lo que pasaba en España con los moriscos no era simplemente un asunto interno sino que evocaba simpatías y provocaba reacciones en distintas partes del Mediterráneo, como se sabe muy bien, amén de que buena parte de la *situación* morisca había venido motivada por su sedicente connivencia con poderes mediterráneos, magrebíes u otomanos, que podían amenazar la integridad físico-política de España. Simplificando un proceso muy complejo que involucraba incluso al norte de Europa, podríamos aislar unos pocos eventos encadenados en una serie de acciones y reacciones: la guerra de Granada de 1568-70, la invasión turca de Chipre en 1570-71, la batalla de Lepanto (1571), capturas alternativas de Túnez (1569, 1573, 1574). Entre los protagonistas de todos estos acontecimientos figuraban don Juan de Austria y Uchalí –el uno o el otro, o ambos a la vez–, dos artífices de la historia mediterránea que vivió Cervantes y que plasmó en su obra literaria.

Once años de “viaje” en tierras y aguas mediterráneas, viajes condicionados sobre todo por las duras circunstancias de la guerra y luego del cautiverio; años formativos que irrumpirán creativamente a lo largo de una vida de producción literaria. Reflexionando sobre la relación entre experiencia y productividad, Nietzsche distingue entre cinco grados de viajero, siendo el grado más alto el del viajero que transforma todo lo que ha vivido en obras; e igual que estos viajeros, todos los que pasamos por “la gran peregrinación de la vida” alcanzamos un grado u otro de “viajero”, ocupando el lugar más alto los que convierten su experiencia en obras (*Humano, demasiado humano* II, nº 228). Una de las claves de la obra cervantina es sin duda la capacidad del autor de transformar lo vivido en una literatura cuyo efecto acumulativo es el de representar un Mediterráneo profundamente reimaginado según criterios a los que nunca vamos a tener más que un acceso parcial. Desgraciadamente no hay ningún testimonio de cómo el rehabilitado capitán Roque Guinart en Italia leyera la segunda parte del *Quijote*, y si se diera “a entender que debía de estar encantado” por conocerse a sí mismo como personaje, como ya le ocurrió al morisco don Álvaro Tarfe por haber conocido a dos don Quijotes y dos Sanchos tan distintos (II, 72).

Del mismo modo, no deja de ser sintomático que la novela más mediterránea de la Edad Media peninsular, el *Tirant lo Blanc* de Joanot Martorell, haya sido una de las obras que figuren de manera más prominente entre los antecedentes literarios (como el mismo Cervantes confiesa y

es de sobra conocido [I, 6]) del *Quijote*. Amén de ser Tirant un caballero que muestra un perfil más humano y realista que los idealizados Amadises y Palmerines, Tirant es un “viajero” *avant la lettre* en el sentido expresado en las líneas anteriores, cuya geografía vital recorre buena parte del *mare nostrum* de la corona aragonesa para los finales del siglo XV. Tirant, que está presente en unas justas en Inglaterra, es reclamado por el emperador bizantino para defender nada menos que Constantinopla del ataque otomano. De hecho, acabará peleando con los otomanos en numerosos lugares del oriente mediterráneo y norte de África, nombrado ya megaduque del imperio bizantino y falleciendo cuando está a punto de casarse con la princesa bizantina. Del mismo modo, las conexiones mediterráneas de la literatura catalana son mayores que simplemente el Tirant. Dejando aparte la deliciosa novelita *Xacob Xalabín*, podemos recordar que Martín de Riquer ya había pedido hacer un deslinde en subgéneros al notar que en *Tirant* como en *Curial e Güelfa* (igualmente del siglo XV y en catalán) abundan los viajes por geografías europeas y norafricanas conocidas, sus protagonistas sufren cautiverio en África, donde se dedican a una labor misionera de conversión de infieles, y derrotan (ambos) a los turcos en Constantinopla; y por ello (entre otros motivos) debían denominarse las dos *novelas de caballerías* para separarlas del común del género castellano equivalente, el de los *libros de caballerías*, modelados sobre las obras de Chrétien de Troyes y *Amadis de Gaula*. Y este destino mediterráneo de parte de la literatura de la Corona de Aragón tardomedieval no hacía sino sumarse al que también desde Castilla se había ya producido con obras del tipo de la *Fazienda de Ultramar* y la *Comedieta de Ponza*, que habían mostrado un afán de expansión geográfico que unía ambas orillas oriental y occidental del mediterráneo.

Pero volviendo a la geografía cervantina, ésta es prácticamente mundial, mucho más extensa que los conocimientos del “viajero” Cervantes. Dos veces le denegaron a Cervantes su petición para asumir un puesto en América. Y si, según la dedicatoria al segundo *Quijote*, el emperador de China le ofreciera “ayuda de costa” para ir allí y ser rector de un colegio donde se enseñara la lengua castellana mediante el *Quijote*, quizás ampliara más su conocimiento como viajero. Sin embargo, a pesar de ser mucho más amplia, la geografía cervantina está especialmente marcada por lugares e itinerarios que el autor conoció personalmente. No es ninguna casualidad que los autores en este número monográfico distribuyan sus estudios entre lo que podríamos designar las tres regiones principales de la geografía cervantina del Mediterráneo –España/Italia, el Magreb/África y el este del Mediterráneo–, siempre subrayando las conexiones y los movimientos entre ellas. Cada uno resume su artículo con palabras propias después de este prólogo, y es allí –o mejor, directamente en los artículos– donde conviene analizar el tema de cada estudio, puesto que aquí daremos algunas pinceladas breves sobre temas concretos y asociaciones fortuitas que han surgido entre los distintos proyectos. Para todos los autores el tema era libre bajo la rúbrica del volumen, y subrayamos nuestra invitación inicial: “Queremos animar a los contribuyentes a que elijan temas o enfoques innovadores, que exploren nuevos caminos y que tomen algún riesgo si hace falta.” Y así ha sido: los ensayos de este volumen nos presentan versiones reconocibles pero innovadoras –con multitud de *aperçus* y perspectivas nuevas– del Mediterráneo cervantino o del Cervantes mediterráneo.

Un primer grupo, según este criterio geográfico algo impreciso y arbitrario, estaría formado por los artículos enfocados más en España o Italia. Paul Michael Johnson toma como

punto de partida los *autos de fe* inquisitoriales y el enjaulamiento de don Quijote para cuestionar la dicotomía honor/vergüenza –considerada desde hace tiempo en algunas disciplinas como definitoria de los valores mediterráneos en general– para indagar después en la vergüenza misma tal como se representa en el *Quijote* y terminar subrayando la necesidad de recuperar historias locales caracterizadas por la *sangre*. José Manuel Pedrosa analiza la toma de posesión de Hazán Baxá en Nicosia, Chipre (*El amante liberal*), y la de Sancho Panza en la Ínsula Barataria como arranque para un estudio de ritos análogos en España desde la Edad Media hasta nuestros días. Según el autor, Cervantes habría presenciado semejantes ritos en Argel o en otra parte, y además –concluye Pedrosa en una frase que capta el sentido de este monográfico–,

con su curiosidad insaciable y a contracorriente, su afán de sumar la tarea del cronista a la del novelista, su indagación perpetua del mundo y de sus límites, su interés sincero y apasionado por el Mediterráneo, por el sur, por otros horizontes que él intentó comprender mientras la mayoría de sus contemporáneos los negaban, despreciaban o condenaban, seguirá siendo, en ese futuro de miras más amplias, hito indispensable para entender el carácter profundamente híbrido y transversal, de puente y crisol pluricultural más que de reducto indoeuropeo amurallado, de nuestra tradición cultural. (126)

El bandolero catalán Roque Guinart (*Don Quijote II*, 60-61) es estudiado a fondo por Jordi Aladro. En su artículo compara la documentación histórica existente relativa a este famoso bandolero y su heroísmo local con la imagen favorable que Cervantes le da. Aladro ve en esta insólita incorporación de la historia real y contemporánea dentro de la narrativa una clave de la creación de la novela moderna –lo que formaría parte de la práctica cervantina de “hacer literatura de todo”, y de manera verosímil. Franco Quinziano nos lleva a la Italia de finales del XVIII y principios del XIX, donde los jesuitas expulsados, con distintos planteamientos entre sí, influyen no sólo en la recepción española del propio *Quijote* sino en debates que tuvieron lugar en Italia al relacionar el *Quijote* con grandes temas como el progreso de la cultura universal.

Al analizar la cuestión de los moriscos cervantinos en el *Cologuio de los perros*, el *Quijote* y el *Persiles*, Luis Bernabé Pons se pregunta “no lo que pensaba Cervantes de los moriscos, sino lo que podía saber sobre ellos”, y sitúa plenamente en el contexto de la creación de estos textos cervantinos a Pérez de Hita, Miguel de Luna, los libros plúmbeos y mucho más. Distingue tres planos narrativos utilizados por Cervantes: “Un primer plano de estricta realidad histórica, un segundo plano de [...] realidad retórica, más un tercer plano subyacente y sólo aludido, de realidad hipotética que podría haber sido a este respecto”. Rachel Schmidt se enfoca en la morisca Cenotia, a quien sitúa en la conflictiva frontera entre la astrología y la hechicería, y ofrece una lectura alegórica de la relación entre esta maga y el joven Antonio (e incluso el viejo Antonio como figura en triangulación) en clave de las relaciones entre los moriscos y los otros españoles –aunque será la desgraciada Cenotia quien se destaque en esta relación por su sabiduría, herencia cultural y el “pathos de su destino”. Fijándose en los ingeniosos *double-entendres* del juego lingüístico de nombres y otros términos, a menudo a través del lenguaje con sentido erótico, Kenneth Brown nos lleva mucho más allá de la interpretación ya convencional de *El retablo de las maravillas*. Este texto cervantino se relaciona incluso más de lo que se sospechaba con pasajes bíblicos, v.g., las diez plagas de Egipto. Como Brown demuestra, a través

del humor salvajemente inteligente del autor, al final casi nadie “se salva” de ser *ex illis*, ni el furrier y los suyos ni la gente de la aldea.

Pasando ya a la otra orilla, Ahmed Abi-Ayad sostiene que, debido a sus años en Italia y Argel, Cervantes adquiere una identidad múltiple y “es, en fin, la expresión y la ilustración del espíritu mediterráneo moderno”, siendo su cultura una síntesis de la de los países mediterráneos que llegó a conocer tan bien (146). Los años en Argel, además, le sirven para formar su personalidad y enriquecer su experiencia. Señalando la comprensión cultural de Cervantes, Abi-Ayad repasa pasajes de las obras teatrales cervantinas cuya acción se ubica en Argel y Orán. José Antonio González Alcantud nos mete en el sofocante e incluso onírico ambiente de los presidios españoles en el Magreb, y formula una pregunta fundamental de carácter etnográfico: “¿Quiénes son los enemigos que rodean los presidios?” Señala la nefasta política española hacia las tribus cercanas y la incompreensión de sus formas socio-culturales, y anota que –a diferencia del ambiente español que intensificaba la disciplina carcelaria en tiempos de Cervantes– hasta hace poco las tribus del Rif no tuvieron cárceles, ya que infligían castigos de otras maneras (sanciones económicas, castigos corporales o muerte, destierros). Mar Martínez Góngora, por su parte, aísla pasajes del *Quijote* donde se vislumbra un África no ligada específicamente al islam: así pues, encuentra una presencia africana en la aventura de los rebaños, en el relato del reino Micomición que provoca una fantasía esclavista por parte de Sancho, en el mono de Maese Pedro, y en los leones enjaulados que darán a don Quijote su nuevo apodo. Martínez Góngora examina en todos estos casos el conocimiento y las actitudes de los contemporáneos de Cervantes hacia el continente vecino y propone que en el texto aparece cifrada una crítica hacia el esclavismo y la política expansionista de escritores desde comienzos del XVI.

Catherine Infante explora la vida de las imágenes religiosas en el Norte de África. De esta manera, proporciona datos históricos de imágenes de Cristo que sufrieron en estos lugares de reclusión forzosa un complejo proceso de cautiverio “por la ‘semejança con su original’” y que, asimismo, fueron rescatadas como cautivos después de pasar por distintos dueños y aumentar de valor. Usando como base documental estos ejemplos de imágenes cautivas, Infante analiza cómo Cervantes desdibuja las líneas entre persona y objeto y persona e imagen, como por ejemplo en la subasta de Leonisa en *El amante liberal*, así como la vitalidad de las imágenes de Auristela frente al original en el *Persiles*. José Manuel Lucía Megías compara la iconografía en ediciones del *Quijote* con respecto a tres “calas” o momentos clave en “La historia del cautivo”: el momento climático en el jardín de Agi Morato (momento curiosamente eludido en las ilustraciones del siglo XX); la batalla de Lepanto, que no tendrá ninguna representación pictórica en ediciones del *Quijote* hasta el siglo XIX; y, cómo no, la desesperación de Agi Morato, donde se imponen los singulares grabados de Gustave Doré.

La trágica figura de Agi Morato –Hajji Murad– es el enfoque también de Ruth Fine, quien sondea la conversión religiosa hasta sus últimas consecuencias en la historia de la conversa Zoraida y de su padre. La conversión misma crea un vacío de identidad en Zoraida, quien no puede asumir plenamente la identidad ni de mora ni de cristiana –como ocurría en el caso de centenares de miles de conversos durante la época– y la sume en una situación confusa y angustiada ante su padre y frente a todos. Al final, esta historia “del cautivo” es sobre todo la historia de Hajji Murad. William Childers se centra en la estratégica reapropiación de Zoraida

durante la guerra civil argelina por parte de los novelistas Waciny Laredj y Assia Djebar, en contra del nacionalismo islámico, de manera parecida a la del propio Cervantes, que concibe el personaje de Zoraida en una España ideológicamente cerrada. Childers analiza también los usos y significados del velo y de la hospitalidad tanto en la escena de la llegada de Zoraida a la venta como en el mundo islámico desde la revolución argelina hasta hoy. Luce López-Baralt sorprende con una lectura nueva del “tal de Saavedra”, que relee como “el tal de Shaibedraa” según el árabe dialectal argelino, i.e., ‘el del brazo tullido’, epíteto muy posible para el cautivo Cervantes. Se trataría de otro caso importante de polisemia onomástica, cuyo objeto esta vez sería el mismo apellido que Cervantes asumió poco después de salir de Argel. Señala que los varios personajes llamados Saavedra en las obras referentes a Argel y Orán son todos *alter-egos* del propio Cervantes.

Pasando ya hacia el centro y este del Mediterráneo, siempre con un vaivén marítimo, Alfredo Alvar Ezquerro centra su investigación en lo que revelan cartas y documentos financieros sobre los posibles motivos por los que Cervantes procuraría volver a España en 1575: entre otros, cambios de estrategia militar, gastos desorbitantes del Estado, minusvalía del propio Cervantes... Un curioso inventario de 1686 describe el cuadro del Tiziano en el que Felipe II, después de Lepanto, ofrece al cielo al príncipe Fernando; el texto oficial lo describe sin entender casi nada: “Parece como que a finales del XVII los españoles de palacio hubieran perdido sus referentes histórico-culturales” (73-74). Miguel Ángel de Bunes Ibarra nos lleva con la flota al Peloponeso el año después de Lepanto, en 1572, y nos presenta con un precioso documento que indica las formaciones de la flota bajo el mando de don Juan de Austria, y la insignia de cada una de las naves, frecuentemente con el nombre del barco y su capitán. Estas insignias se veían desde lejos, permitiendo así que se identificaran los barcos, pero también invitan a la interpretación con respecto a sus sugerentes figuras simbólicas.

La recién conquistada isla de Chipre de *El amante liberal* le ofrece a María Antonia Garcés la oportunidad de reflexionar sobre uno de los muchos renegados de la obra, Mahamut, amigo del protagonista masculino Ricardo y proveniente de su ciudad natal siciliana, Trapani. Tan amigos son los personajes a lo largo de la historia que forman un binomio y son prácticamente intercambiables, a pesar de que uno es cristiano y el otro (arrepentido) renegado. Aunque no sabemos su nombre cristiano, Garcés le da su nombre lógico según las normas de la época, Maḥmud Siciliano, y enfatiza su importancia como mediador en la trama además de comentar su curiosa desaparición del texto después de que se determine que se casará con la renegada griega Halima, antigua mujer del cadí de Nicosia. Garcés demuestra, además, cómo la “graciosa burla” de volver al puerto de Trapani vestidos de turcos se inscribe perfectamente dentro de los festejos cortesanos de la época.

Michael Gordon también investiga el papel de los intermediarios, en este caso importantes judíos, dentro del Imperio Otomano. Así, el mercader judío de *El amante liberal* desempeña un papel esencial en esa trama, y también en *La gran sultana* hay referencias a judíos que prestan servicios imprescindibles al sultán. En este ensayo se estudia en particular el caso ejemplar del personaje histórico Solomon Ashkenazi, quien, junto con otros judíos importantes, proporcionaba un modelo no sólo por su oficio sino por ser medianero, i.e., figura fronteriza.

La enorme metrópoli que los europeos occidentales insistían en seguir llamando Constantinopla provee el espacio para *La gran sultana*, ciudad a la que el cautivo Cervantes habría sido llevado de no haber llegado su rescate. Jessica Boll reflexiona sobre la ciudad misma –ciudad multicultural y religiosamente tolerante– como espacio, casi protagonista, de la obra, y la ambigua actitud que tienen los cautivos españoles que tanto admiran la ciudad a pesar de su cautiverio, y que demuestran tenerle fuertes afectos de anhelo y melancolía. Christina Inés McCoy se centra en el lúdico orientalismo de la obra y demuestra lo inadecuadas que son para comprender esta obra histórica la crítica orientalista, por su incapacidad de analizar el género sexual, por un lado, y por otro teoría de *performance* a la hora de captar el aspecto histórico de esta obra. Istanbul/Estambul encarna como ninguna otra ciudad el Mediterráneo cosmopolita de la Edad Moderna.

Y para concluir con la presente *rayuela* de los artículos del volumen, Jesús David Jerez-Gómez nos ofrece una novedosa lectura del *Viaje del Parnaso* que conecta directamente con la experiencia cervantina como soldado de mar: “Una lectura minuciosa de los capítulos VI y VII del *Viaje* atendiendo al léxico y referencias leparentinas revelan que la obra, más que un periplo a las cimas de Parnaso, es uno de introspección personal para enfrentarse a los fantasmas del pasado de un veterano de guerra” (231). Comparando la batalla naval del *Viaje* con la epístola a Mateo Vázquez, secretario de Felipe II, escrita 37 años antes, Jerez-Gómez comprueba que Cervantes legitima su parodia burlesca mediante recuerdos de Lepanto. Este ensayo también ofrece una serie de reflexiones sobre las armas y letras cervantinas y el mar, don Quijote derrotado frente al mar, el Mediterráneo de la *Odisea* evocado en el *Viaje*, el mar como metáfora del espacio de la escritura, y el mar como espejo cervantino.

Casi toda la obra cervantina, incluso cuando el autor escribe en primera persona, nos llega a través de sus ficciones, noción que en ciertos ámbitos todavía en esa época equivalía a “libros de mentiras”. Desde luego, no hay que negarle al “raro inventor”, como le llama Mercurio en el *Viaje del Parnaso*, el derecho a mentir: “Nosotras sabemos decir muchas mentiras”, decían aquellas Musas tan mediterráneas de Hesíodo (*Teogonía* v. 27). Las mentiras/invenciones cervantinas son tan interesantes como las verdades que a menudo encubren, y a veces indistinguibles de ellas. En este volumen, sin excepción, todos los ensayos siguen indagando en la particular relación entre historia, verdad, realidad, vivencia y creencia por un lado, y literatura y ficción por el otro, además de reflexionar sobre cómo se gesta y concibe la luminosa suma de textos que contienen de alguna forma el Mediterráneo entre sus páginas. Así, frente a una visión particularista de una España encerrada o anquilosada en el extremo occidental de la Península Ibérica, el mundo cervantino nos abre una perspectiva, si se quiere más realista, que se cierne sobre las geografías de numerosos lugares extendidos alrededor de ese gran mar de civilización y mixturas culturales que es el Mediterráneo. Esta perspectiva se construye sobre antecedentes anteriores, también peninsulares, que habían mirado al Mediterráneo como un espacio de inclusión y sobre el que se había centrado una mirada *hispana* cargada de curiosidad desde cuando menos el afán expansionista de la Corona de Aragón. A esta mirada había también contribuido el conocimiento procedente de la amplia red de conexiones comerciales de elementos judíos, conversos y moriscos que habían puesto en comunicación a la Península Ibérica con amplísimas zonas norafricanas, italianas y del Mediterráneo oriental. En el caso de

Cervantes, a estos elementos, insertos a su vez en las idiosincrasias político-militares de la época, se une el carácter “viajero” de nuestro autor y su conocimiento de primera mano de muchas de esas realidades, que, qué duda cabe, debieron influirle en su modo de entender literatura y vida como espacios abarcadores e incluyentes y de *recrear* su particular Mediterráneo en sus obras.